

## CAPITULO IX.

## Los proyectos de Pinzon.



ANTES de pasar adelante, conviene bosquejar un poco más la figura de Martin Alonso Pinzon, para que se comprenda á qué sentimiento habia obedecido al cometer aquella felonía con su jefe y amigo.

Martin Alonso pertenecia á una familia de marinos, rica y de gran prestigio en el puerto de Palos.

Desde niño habia emprendido viajes á todos los puntos conocidos de Oriente á donde podian llegar las embarcaciones, y habia adquirido su imaginacion un gran desarrollo, al mismo tiempo que la sed de riquezas se habia apoderado de su alma.

Las largas temporadas que habia pasado en el mar, su vida independiente y en cierto modo aventurera, habian dado á su carácter esa fiereza, esa energía que se adquiere luchando y nveciendo, y puede decirse que, si duro era su cuerpo, más duro era aún su corazon.

Posteriormente se ha llamado á los marinos de la raza á que él perteneció, con el característico nombre de lobos de mar.

La codicia habia llegado á ser su pasion dominante.

Poseer cuatro ó cinco bajeles de alto porte, ser una especie de reyezuelo en el mar, y al regresar á tierra verse rodeado de todas las magnificencias del lujo, de todas las comodidades

que habia visto disfrutar en los países que habia visitado, era su único afan.

A fuerza de vivir la mayor parte del tiempo en el mar, habia adquirido esa indiferencia que para todos los sucesos del alma suelen encontrar los marinos que están siempre obligados á vivir léjos de los séres á quienes el afecto une á su alma.

No era, pues, ni un modelo de hijo, ni un modelo de hermano.

El único sér que despertaba en su alma algun afecto, era su esposa, mujer dotada de grandes atractivos y de un carácter angelical.

Tal vez esta era la causa del amor que la profesaba.

Afectuosa con él, obediente, tímida, se amoldaba á los caprichos y á las extravagancias de Martin Alonso, y éste habia llegado á quererla como quieren los fuertes á los débiles.

Sin sentir habia ido poco á poco enamorándose de ella, y su mayor deseo era reunir algun dia las suficientes riquezas para poder vivir en una corte con ella, y lograr que con su lujo y sus encantos eclipsase la belleza y la esplendidez de las más ilustres damas.

Pero la codicia era superior en él al amor.

Por eso desde el primer momento en que conoció á Colon y le oyó hablar en el convento de la Rábida, desde que el ilustre marino genovés desarrolló á su vista el ilusorio porvenir que los eseritos de Marco Polo y el mapa del florentino Toscanelli le habian hecho concebir y desear, Pinzon, con bastantes conocimientos náuticos para comprender y apreciar las razones de Cristóbal Colon, experimentó al mismo tiempo un vivo deseo de encaminarse á aquellas tierras desconocidas para encontrar en ellas mucho oro y realizar sus sueños.

Con tal de conseguir este triunfo, nada le importaba arries-



gar una parte de su fortuna, y por esto brindó á Colon los recursos que aceptaron los reyes, y que contribuyeron á activar los preparativos de la expedición.

Colon, además de la auréola del génio, tenía á sus ojos la de la protección que le brindaban los reyes, y no se creía deshonrado ni con mucho embarcándose á sus órdenes.

Durante los momentos de duda que tantas veces asaltaron á los navegantes en la travesía, sintió renacer en su espíritu la soberbia, queria mandar, se consideraba superior á Colon; pero por más indicaciones que hacia, no lograba quebrantar la voluntad de hierro del almirante, y los momentos de esperanza que aumentaban su prestigio, venian á darle ánimos para seguir obedeciendo.

Muchas veces, sin embargo, pasaba por su mente la idea de disfrutar por sí solo las ventajas de aquel descubrimiento.

—¿Quién me manda continuar á sus órdenes? se decia. ¿Por ventura no he podido yo lo mismo que él venir á estos mares y descubrir estas tierras? ¿No soy yo capitán de una embarcación? ¿No se muestran los naturales del país agradecidos á nuestros agasajos, contentos de nuestra llegada? ¿Acaso se necesitan fuerzas para combatirlos? No, de ningún modo.

Otra idea más terrible aún le perseguía á veces.

—Si Colon pereciera, pensaba, yo seria el jefe natural de la expedición; yo quien volviese á España á dar cuenta de los descubrimientos que hemos hecho; yo quien participase de todos los beneficios que á él le están reservados. Y ¿por qué no ha de sucumbir? ¿Acaso no habrá medio de acabar con su vida?

Pero esta idea fatal no encontraba eco en su corazón, porque aunque avaro, inflexible y poco generoso, tenía tal prestigio sobre él el almirante, que no ya atentar á su vida, sino pensar en destruirle, le parecia una profanación.

—Sin recurrir á esos medios, se decia, puedo muy bien lograr mi objeto. Mi nave es muy velera. ¿Por qué no me separo de las otras dos embarcaciones? ¿Por qué no voy por cuenta mia sin detenerme en investigaciones estériles á buscar el país de las minas de oro? ¿Por qué con los tres indios que llevo á mi lado, con algunos otros más que puedo recoger y con las crecidas cantidades de oro que puedo apoderarme no vuelvo á España ántes que Colon y disfruto ántes que él la gloria que le aguarda, el premio que le está reservado?

Estos pensamientos le atormentaban precisamente cuando Colon mandaba colocar en el mástil de la *Santa María* las linternas encarnadas para significar á los dos capitanes de la *Pinta* y la *Niña* que fueran á reunirse con él virando por completo.

Iba á obedecer la orden cuando uno de los indios acercándose á él y señalando el adorno de oro y piedras que tenía Martin Alonso en su birrete, pronunció algunas frases que no pudo comprender el capitán de la *Pinta*, al mismo tiempo que con la otra mano señalaba un punto distante hácia el Oriente como dando á entender que allí había en abundancia oro y piedras preciosas.

Se acercaban al verdadero término de su viaje, y Colon, obcecado, desistía de seguir adelante.

No había duda para Pinzon.

La Providencia protegía su pensamiento y al mismo tiempo que cerraba los ojos del almirante abría los suyos.

—No, no le seguiré, se dijo, continuaré mi camino y llegaré hasta donde se halla ese rico tesoro que hemos venido á buscar.

Y cuando los tripulantes de la *Pinta* le anunciaron la señal que había hecho la *Santa María*:

—¿No comprendéis lo que eso quiere decir? exclamó.



—Sí, contestaron, quiere decir que retrocedamos.

—Pues, bien, ha llegado el momento de que os hable con franqueza. Colon quiere que retrocedamos porque ha sabido lo que yo acabo de saber, que á muy corta distancia de nosotros y siguiendo la direccion á que nos empuja el viento, encontrará el oro, las perlas, los productos que hemos venido á buscar, y querrá sin duda que nos quedemos atrás nosotros y los de la *Niña* para poder llegar él solo y alcanzar una gloria que debe ser de todos.

Pero podemos defraudar su intento; desobedezcamos su orden; sigamos adelante; lleguemos á esa tierra de promision y apoderémonos allí de todo el oro, y partamos entre nosotros estas riquezas que de otro modo no serian para nosotros porque ya habreis visto que Colon ha dispuesto que todo lo que se recoja sea para los reyes de Castilla.

Despues de obtener este triunfo partiremos á España, revelaremos la verdad, conquistaremos la gloria que él quiere para sí y que no merece, y nuestra recompensa será grande, sin perjuicio de que podremos volver una y mil veces á este país á buscar piedras y metales preciosos, que, si no en España, venderemos ventajosamente en Europa. ¿Quereis seguirme?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Ya veis que nuestra nave puede virar al barlovento con mucha facilidad y que en vano tratarán de seguirnos.

Resueltos y entusiasmados todos siguieron entónces las espumosas olas del mar con direccion á Occidente, y se separaron de sus hermanos cometiendo una verdadera infamia.

Natural era que Colon se indignase al ver aquella desercion.

No solo la consideraba como una desobediencia perniciosa, sino que presentia un designio siniestro en Pinzon al llevarla á cabo.

Aquello era señal de que Pinzon, ó pretendia apoderarse del mando de la escuadra y de todas sus ventajas, ó que intentando arrebatarle la gloria que habia alcanzado, se disponia á volver á España para obtener los plácemes y los beneficios que le pertenecian.

Guardóse muy bien por lo tanto de manifestar Colon su indignacion á los suyos.

Cuando le dijeron que la *Pinta* habia desobedecido:

—No lo creais, repuso, tenia una orden secreta mia para recorrer las costas que nosotros no hemos podido visitar. No pasará mucho tiempo sin que vuelva á hallarse á nuestro lado.

Dadas las condiciones del navío almirante, era de todo punto imposible perseguir á la *Pinta*, y mucho ménos anticiparse á su llegada á España.

—La Providencia es justa, dijo Colon, bajo su amparo deposito mi santa causa.

Y manifestando una presencia de ánimo, una tranquilidad, una confianza que no tenia, continuó su rumbo hácia la isla de Cuba con el objeto de aprovechar, para explorar las costas, el tiempo que tardase en volver viento favorable.